

Las diez mil y una cartas

Hortensia Campanella

El declarado afán —casi obsesión— por la comunicación con lo que él llama su «prójimo» —el posible lector, todo aquel que recibe su mensaje— guio el discurrir de la vida de Mario Benedetti a través de las más diversas expresiones. Sin duda lo más expuesto y comprobable ha sido la índole de su poesía: directa, transparente, cercana para quien la frecuente. Son muy conocidas sus aseveraciones respecto a la necesidad de llegar hasta la mente y el sentimiento del que se acerca a sus poemas. Esa tesitura, que nace de sus primeras lecturas —Baldomero Fernández Moreno, Antonio Machado—, y que más tarde dará lugar a la llamada «poesía conversacional» que encuentra hermanos en varios poetas relevantes latinoamericanos, como Roque Dalton, Ernesto Cardenal, Nicanor Parra, Roberto Fernández Retamar, se fortalece a partir de los veinte años. Hasta entonces, el joven Benedetti se había sentido tímido, aislado, refugiándose en la lectura y el estudio. Y aunque sus dotes intelectuales eran fácilmente reconocibles para ojos atentos —como los dirigentes de la Escuela Logosófica que lo captaron en la adolescencia—, su introversión cambió de tono recién cuando se aparta de lo que para él llegó a ser una especie de secta, cuando se afianza sentimentalmente en su noviazgo con quien fue el amor de su vida, Luz López Alegre, y cuando empieza a publicar su literatura.

Desde ese momento, principio de los años cuarenta, Mario necesita expresarse, mostrarse ante los demás. Si bien no se conservan rastros de ese tiempo, podemos suponer que la lejanía de la juventud que lo había atraído desde los catorce años lo llevó a escribir cartas desde Buenos Aires, donde vivió un tiempo como secretario de Raumsol, el creador de la logosofía. Tal vez llegó a enviarle alguno de los poemas que iban a constituir *La víspera indeleble*, libro cuya portada contenía un dibujo de la misma Luz y que se publicaría en 1945.

Pero será después de su boda, en 1946, cuando comiencen los viajes de Mario y el comienzo de una abundantísima y variada

correspondencia que mantiene ciertas características bastante excepcionales. El viaje los lleva por varios países, y ese deambular por París, Alemania, Europa Central, España, se repetirá en otras oportunidades como un modo de satisfacer sus ansias por abrirse al mundo, conocer gente, conectar con editoriales, disfrutar del arte de esa parte del continente europeo que estaba en el origen de sus influencias culturales iniciales.

En 1957 decide viajar durante ocho meses por varios países y se mantiene económicamente enviando artículos para *Marcha* y para *El Diario*; los primeros, más literarios; los segundos, más de ocasión, aprovechando coincidencias o el conocimiento fortuito de personajes atractivos para el gran público. Por un lado, habrá cartas utilitarias, referidas al trabajo, pero también será importante mantenerse en contacto con los amigos, con los cuales alterna anécdotas y reflexiones de lo que está viviendo. De esa época hay cartas al escritor salteño Enrique Amorim. En una de ellas, fechada en Londres un 12 de octubre y a punto de regresar, le comenta lo que ha experimentado ante las librerías londinenses o los museos parisinos, su admiración por ciudades como Viena o Heidelberg, pero luego se sincera:

Creo que jamás podría dejar de ser montevideano (nacido en Paso de los Toros, claro). Ahora mismo, a casi ocho meses de este trájín estoy deseando estar otra vez con mi gente, mis amigos, mis libros, mi 142 repleto, mi jueves de la imprenta.

Así son muchas de las cartas a los amigos, una excelente mezcla de información y expresión de sentimientos como son esas menciones nostálgicas a los cierres de las páginas de *Marcha* los jueves, y hasta al trayecto desde su barrio de Malvín al Centro en el 142.

Cuando regresa continúa con la costumbre de escribir a los amigos que estaban en el exterior. Solo un ejemplo inmediato: el 15 de noviembre de 1957 escribe a Emir Rodríguez Monegal, que estaba entonces en Londres. Ya inmerso en su doble vida de escritor y administrativo, le pide por un lado una colaboración para *Marcha* y le cuenta un leve ascenso como empleado: de tenedor de libros a síndico en Mar Azul, una empresa subsidiaria de la Inmobiliaria Piria.

Al principio se circunscribe a los uruguayos y los recién conocidos, y con el tiempo, su atención prioritaria hacia la literatura

latinoamericana ensanchará el grupo de destinatarios de sus cartas a los escritores del *boom* y otros recién conocidos.

En 1963 Julio Cortázar leía la crítica que Benedetti había hecho de *Rayuela* y le escribe: «Benedetti, yo no entiendo cómo ha hecho usted para meterse tan a fondo en el libro y decir de él un montón de cosas que yo no conseguiría jamás articular coherentemente». La carta sigue y el diálogo también, casi sin pausas, con afecto y sinceridad. El 31 de enero de 1965 el escritor uruguayo le dice al argentino:

Lo más seguro es que *Rayuela* no se convierta para mí en una influencia [...] pero su lectura me proporcionó, como pocos libros, una repentina sensación de confianza en la sensibilidad y en la inteligencia del hombre, una confianza cuyas irradiaciones en última instancia también me aluden, también me sostienen.

Y cuando, casi recién presentados, Mario Vargas Llosa le escribe una carta muy afectuosa comentando sus poemas y también *La tregua*, Benedetti le responde con una confesión personal, en agosto de 1964:

No sabes qué contento me has dejado con tu generoso entusiasmo por *La tregua*. Es un libro al que quiero especialmente. No es autobiográfico en su anécdota, pero sí lo es como reflejo de un estado de ánimo, ya que lo escribí en uno de los períodos más conflictuales de mi vida.

La costumbre de la comunicación epistolar llegaba hasta los vínculos relativamente cercanos, como es el caso de la correspondencia con el escritor Enrique Amorim, que se encontraba en Salto y al cual podía escribir desde Londres o París, o desde Montevideo. Así ocurre con la carta fechada el 29 de mayo de 1959 en la capital, en la que le dice: «puse punto final a la novela que hoy envíe por mandadero pago, a Buenos Aires... Algún día, si Dios o Losada quieren, la leerás». Era ni más ni menos que *La tregua*, publicada en definitiva por Alfa en Montevideo. Seguramente no imaginaba que esas 52.000 palabras iban a tener centenares de ediciones, decenas de traducciones hasta hoy mismo.

Cuando poco después viaja a Cuba, su labor en la creación y desarrollo del Centro de Investigaciones Literarias de Casa de las

Américas de La Habana propició un estrecho relacionamiento con muchos creadores latinoamericanos, con quienes tejó amistades literarias que luego de los primeros encuentros se continuaban en minuciosas cartas informativas de ediciones, de textos críticos —como la serie Valoración Múltiple que él creó para examinar la obra de un autor desde diversos ángulos—, de pedidos de informes, etcétera.

Durante su estadía de casi un año en París, en 1966, desarrolla una intensa actividad epistolar. Se conservan varias cartas a Ángel Rama en las que comenta la participación de ambos y de otros escritores uruguayos, como José Pedro Díaz, en el ambiente cultural cubano. Con su habitual sentido del humor le dice el 9 de mayo «eres tan popular como el Che Guevara». Su corresponsal —y también quienes leemos esas cartas años después— obtiene mucha información acerca de uno de los temas que había alborotado el ámbito literario latinoamericano en el momento: la creación de la revista *Mundo Nuevo*, dirigida por Emir Rodríguez Monegal, y denunciada como un producto financiado por la CIA. Al tener su sede en París, Benedetti estaba en las mejores condiciones para comentar las novedades a su alrededor. Como hace habitualmente en sus cartas a los amigos, Benedetti alterna comentarios políticos, literarios y personales —su asma aparece con frecuencia— con minuciosidad y confianza. Así, por ejemplo, en una carta del 17 de octubre a Rama, ya en su rol de editor, le recuerda que *El país de la cola de paja* había llegado en sus primeras cuatro ediciones a la cantidad de 8.200 ejemplares. Nos enteramos por este medio epistolar del inusitado éxito de un ensayo en la época, o de otras características menos conocidas del autor, como cuando Mario Vargas Llosa le comenta en enero de 1965: «tu traducción de esos poemas de Beckett me pareció excelente: la estuve comparando con los originales esta mañana y realmente es de primera».

Un caso muy peculiar por la extensión en el tiempo y por la calidez de la amistad, es el de Claribel Alegría. Esta poeta nicaragüense-salvadoreña, junto a su esposo norteamericano, Darwin Bud Flakoll, se habían embarcado en la preparación de una importante antología literaria, *New voices of Hispanic America*, y habían viajado, en 1955, desde Chile a Montevideo para conocer a Mario, quien los asesoró sobre diversos autores interesantes para ese proyecto. Desde ese momento intercambiaron tal vez centenares de cartas primero y correos electrónicos después —desde 1997— que revelan sus intereses lite-

rarios, políticos y también familiares y amistosos. Se acompañaron mutuamente en los más diversos avatares: los sucesivos libros que iban publicando, la revolución Sandinista, pues ella la vivió intensamente en Managua, el exilio de él, la muerte de sus respectivos compañeros, etcétera. Solo la muerte de Mario interrumpió ese fluir de correspondencia.

En las últimas décadas del siglo pasado el intercambio de obras recién editadas era una buena ocasión para ser acompañado por cartas que iban más allá del educado agradecimiento; la costumbre era la del comentario extenso, la explicación de los enfoques elegidos, la comparación con otros autores. Y si eso era norma común entre escritores, en Benedetti se incrementa, asoman sus peculiares características personales: su natural meticulosidad, el gusto por el detalle, las fechas, las minucias que abren panoramas muy significativos, los rasgos de humor, la ironía aviesa, todo ello en relación con el grado de familiaridad que lo uniera a su corresponsal.

Sin duda, la peculiar formación autodidacta de Benedetti, de máxima autoexigencia, lo llevó a cierta seguridad en el trato epistolar. Así podemos comprobarlo en la conocida correspondencia que mantiene entre 1951 y 1954 con Juan Carlos Onetti. Apenas pasado los 30 años, y recién el año anterior lo había conocido personalmente; mantiene un diálogo sereno, aunque respetuoso con quien toda su generación consideraba el Maestro, el referente indiscutido de la narrativa uruguaya. Con humor, pero con seguridad, con confianza en su interlocutor y en sí mismo, responde a las observaciones que le hace Onetti, en ese entonces en Buenos Aires, sobre diversos temas literarios que incluían sus libros sometidos al juicio del mayor.

También resulta interesante observar cómo la literatura y la política aparecen inextricablemente unidas en las reflexiones y comentarios que intercambia con los más cercanos. En una de las muchas cartas al dramaturgo uruguayo Carlos Maggi, Benedetti critica el posible diálogo con los norteamericanos:

dialogar con ellos es sencillamente lo mismo que haberlo hecho con los nazis, ya que los yanquis representan en este momento la amenaza más concreta de destrucción [lo escribe en agosto de 1966]. Sería el diálogo del pescuezo y la guillotina. Ya sé que en Estados Unidos hay un Arthur Miller, o un Saul Bellow, y quién sabe cuántos tipos macanudos más, pero, como me escribía hace muy poco Vargas

Llosa después de su estada en el Norte, significan apenas una gota de rocío en el Titicaca de la indiferencia.

Y continúa extendiéndose en las noticias de sus libros y los de Maggi.

Sin duda el exilio, que comienza al final de 1973, intensificará el ritmo de su correspondencia con sus editores, con sus amigos, con recién conocidos escritores y con todos los cómplices que buscaba para fortalecer su activismo político contra la dictadura. Las dificultades de Buenos Aires por razones de represión y censura, y de La Habana por el bloqueo que alargaba angustiosamente el ir y venir de las cartas, fueron enfrentadas con tesón y en ocasiones acudiendo a la ayuda de improvisados mensajeros que colaboraban en la entrega. En muchos momentos su sentido del humor lo salvó de sentir el aislamiento que tuvo continuidad en los problemas de los correos. El 28 de diciembre de 1986 me decía: «hace dos días que nos llegó la carta que escribieron el 2 de noviembre. Debe haber venido a nado». Y sin duda esa característica suya permea toda su correspondencia, incluso en situaciones trascendentes, como cuando el 16 de diciembre de 1980 le escribe a Carlos Quijano: «Querido jefe [...] ¿Qué me cuenta del resultado del plebiscito? Da la impresión de que los milicos se fabricaron el tranvía, lo pusieron en venta y ellos mismos lo compraron».

A pesar de que en muchas ocasiones se disculpe por respuestas tardías, generalmente encontraba tiempo para la escritura de sus cartas pues con frecuencia son extensas, a veces de varias páginas, muchas escritas a máquina y tenemos constancia de una buena proporción gracias a que el escritor hacía copia de las que él enviaba. Y cuando eran manuscritas, llenaba las páginas de borde a borde, con letra clara, lo mismo ocurría cuando se decidía por utilizar tarjetones en los que podía haber una gran cantidad de información y comentarios.

Si bien Benedetti era consciente de que esas cartas integraban un archivo, ordenado, con la anotación de la fecha en que respondía a las que le llegaban, su estilo es espontáneo, escribe al fluir de sus sentimientos, aunque siempre con la mesura que caracteriza su personalidad. En 1976, sabemos que el asesinato en Buenos Aires de su gran amigo el legislador Zelmar Michelini —junto a otras tres

personas— lo sumió en un período de gran depresión. Le comenta a Alberto Favero y Nacha Guevara:

Les escribo con el ánimo especialmente sombrío, ya que aún no me he repuesto de la noticia espeluznante. Aunque en materia de muertes y otras sorpresas ya debería estar curado de espanto, siempre llega una que nos derrumba.

Hacia finales de la década de los ochenta se popularizó el uso de internet y por lo tanto del correo electrónico. Mario Benedetti, siempre abierto a la innovación, adoptó enseguida la nueva tecnología. Lo hizo para escribir su obra narrativa y periodística —no tanto la poesía que solo en segunda instancia pasaba de sus pequeñas libretitas a la computadora—, pero también para comunicarse. A pesar de la rapidez de llegada y la limpieza de lectura del nuevo sistema, queda en la memoria del Mario corresponsal el fino papel de avión, las hojas membretadas de hoteles, los folios amarillentos con las esquinas rotas, los tarjetones con su nombre impreso. Lo que nunca cesó fue su deseo de estar en contacto con los otros, con sus «prójimos». Y en esa inmensidad de correspondencia se abre el panorama de una vida entera, intensa, llena de proyectos cumplidos o frustrados, de sentimientos en toda su amplitud humana.